

EL ALMA: LO BAJO Y LO SUBLIME

La ambigüedad del alma: Hamlet entre el cielo y la tierra

A lo largo de toda su obra Shakespeare brinda múltiples metáforas que permiten comprender la realidad ambigua del alma. En *Romeo y Julieta*, por ejemplo, encontramos un monólogo del fraile Lorenzo, quien en su celda compara el alma con las plantas medicinales cuyo poder puede ser benéfico cuando se aplica bien pero también maléfico cuando se desvía de su servicio. La virtud puede trocarse en vicio cuando no se aplica bien, y por el buen uso el vicio se dignifica. Debajo de esta flor, dice, hay un veneno y un poder medicinal, pues su aroma hace revivir al cuerpo, pero si alguien se lo bebe le paraliza el corazón. De la misma forma que dentro de las plantas, dentro del hombre hay acampados dos reyes: la gracia y el mal. Y cuando es el malo quien predomina su poder mortífero lo devora todo¹.

Shakespeare trata en este texto un tema clásico en el sufismo: el del principio inferior del ser humano, que corresponde al alma todavía no iluminada por la luz del conocimiento (y el auto conocimiento). Es el alma (*nafs*) compulsiva y egocéntrica, dominada por las pasiones, las cuales, como dice el personaje de Polonio en *Hamlet*, dejan nuestra naturaleza afligida².

En el Corán encontramos dos aleyas significativas al respecto:

“Hemos creado al hombre dándole la mejor complejión. Luego, hemos hecho de él el más abyecto, excepto quienes crean y obren bien, que recibirán una recompensa ininterrumpida”³.

Es decir, el ser humano es creado en su más bella disposición, en la forma adánica original, pero luego viene a este mundo de prueba puesto en una condición muy inferior a la de su perfección primera, y sólo podrá actualizar su condición verdadera a través de la fe y la conducta recta. El alma o *nafs* puede así evolucionar, ascendiendo por distintas moradas espirituales. Los sufíes suelen describir tres grandes estadios de evolución o desarrollo del alma por medio de la terminología coránica: *el alma que suscita el mal*

¹ Cf. W. Shakespeare, *Romeo y Julieta*, Acto II, Escena III.

² *Id.*, *Hamlet*, Acto II, Escena I

³ C. 95: 4-6 (trad. de J. Cortés).

(*al-nafs al-amm ra*)⁴, *el alma que (se) culpa por sus defectos (al-nafs al laww ma)*⁵, y *el alma en paz (al-nafs al-mu ma'inna)*⁶.

El problema del *nafs* o alma compulsiva es que pasa desapercibida y disfraza la maldad de bondad, la fealdad de belleza y la injusticia de justicia. Shakespeare resume esta inversión en la conocida escena de las brujas de Macbeth, cuando dicen todas a una: <<El bello es feo y el feo es bello>>. Y en Calderón de la Barca la vemos a menudo en su obra, por ejemplo en el personaje de La Culpa de *El gran mercado del mundo*, que en este auto se identifica con el demonio aunque en otros sean personajes distintos, cuando dice que hasta una serpiente hizo parecer hermosa, en referencia al acontecimiento bíblico de la tentación en el Paraíso⁷. Vemos también como el personaje de La Gula se viste de Apetito, que es el disfraz de la Gula, y como la Lascivia se disfraza de Hermosura, que es quien más la disimula⁸.

Ganar la partida al *nafs* será así uno de los objetivos principales del sufí. Partiendo de la premisa según la cual la historia profética es la historia del alma, vemos en las historias proféticas, recogidas en las escrituras, una alusión esotérica a la lucha interior que todo peregrino del espíritu debe emprender contra sus tendencias inferiores. Por ejemplo, si atendemos al carácter simbólico del éxodo del pueblo de Israel, nos percatamos que, en realidad, las figuras de Moisés y el Faraón, aparte de su valor histórico, tienen ante todo un valor como símbolos internos, en palabras de R m :

“Moisés y el faraón están en tu ser: debes buscar a estos dos adversarios en ti mismo”⁹.

Es decir, Moisés y Faraón son símbolos del bien y del mal, a los que Shakespeare se refiere con la metáfora de dos reyes acampados dentro del hombre, y cuando es el Faraón o el rey malo quien predomina, su poder mortífero lo devora todo.

El malo con poder mortífero es el *nafs al-amm ra*, o el alma instigadora del mal, que en la obra shakesperiana encontramos en la base de múltiples personajes, desde el

⁴ C. 12: 53

⁵ C. 75: 2

⁶ C. 89: 27

⁷ Cf. Calderón de la Barca, *El gran mercado del mundo*, versos 608-609.

⁸ *Id.*, versos 807-813.

⁹ J. R m , *Mathnaw* , vol. III, SUFÍ, pp. 114-115.

usurpador rey Claudio asesino del padre de Hamlet, hasta el malvado y traidor Iago que conduce Othello a la locura, pasando por el ambicioso Macbeth o el vengativo judío Shylock de *El Mercader de Venecia*, en todos ellos predomina el rey malo, es decir el *nafs al-amm ra* o alma instigadora del mal. Y en todos ellos hay la característica básica de este nivel inferior del alma: la absoluta ausencia de compasión.

Otra de las características del alma inferior es su tendencia a llevar la contraria, a discutir, no por amor a la verdad, sino porque las energías a las que está sometida son por definición infieles en sentido profundo. Toda manifestación de fidelidad en el mundo tiene su raíz en la fidelidad del alma con su Señor en el día de *alast*, es decir, la primera existencia en que el alma da testimonio de la unicidad divina. Según la perspectiva coránica, el alma no regenerada es asediada constantemente por las energías negativas (*šay t n*, plural de *šayt n*), que la llevan a desmentir y a discutir los elementos de fe que podrían iluminar el corazón. El término *šayt n* (literalmente ‘demonio’), deriva del verbo *šat na*, que denota la acción de ‘distanciarse’, en este caso de la verdad sobre la unidad y unicidad divinas, y a menudo se emplea en el Corán para describir las inclinaciones “demoníacas” en la propia alma del ser humano.

Encontramos múltiples aleyas que advierten de este peligro, por ejemplo la siguiente referida a los hipócritas:

“Y cuando se encuentran a aquellos que han llegado a creer, afirman: <<Creemos [como vosotros]>>; pero cuando están a solas con sus malvados impulsos, dicen: <<¡En verdad, estamos con vosotros; sólo estábamos burlándonos!>>”.¹⁰

Y en otras aleyas se señala que el ser humano es el más discutidor que existe, a pesar de ver toda clase de signos divinos:

“Hemos mostrado en este Corán a los hombres toda clase de ejemplos, sin embargo la mayoría de ellos ha rehusado todo lo que no fuera negarse a creer”¹¹.

“Hemos explicado a lo largo de esta Recitación todo tipo de ejemplos para los hombres, sin embargo el hombre es lo más discutidor que existe”¹².

¹⁰ C. 2: 14 (trad. de M. Asad).

¹¹ C. 17: 89 (trad. de A.G. Melara Navío).

¹² C. 18: 54 (trad. de A. Guijarro).

En Calderón de la Barca encontramos varias referencias a esta tendencia inferior, por ejemplo en las palabras que el personaje de ‘El buen genio’ de *El gran mercado del mundo* dirige a su hermano, el ‘Mal genio’, ambas personificaciones de las inclinaciones interiores del ser humano, pues le dice que siempre ha sido un opuesto a él y en todo le ha llevado la contraria, y no lo ha hecho por amar sino por contradecir, pues su condición es precisamente esta, la de contradecir¹³. Y significativo es que cuando los dos hermanos parten para el gran mercado del mundo, el bueno toma por compañero de viaje a la inocencia, mientras que el malo a la malicia¹⁴.

Pero no sólo en los personajes claramente malvados encontramos este principio inferior, sino que también está presente en los buenos. Sin embargo, la diferencia radical estriba en la conciencia de la maldad potencial que hay en el alma y en las medidas para hacerle frente; y este nivel corresponde ya a la segunda gran etapa del alma, eso es, el *nafs al laww ma*, literalmente el ‘alma censuradora’ (consigo misma), que se hace cargo de sus propias faltas y deficiencias. Vemos un ejemplo de ello en el personaje shakesperiano de Hamlet cuando, en su diálogo con su amada Ofelia, dice que él mismo es orgulloso, vengador, ambicioso y con más maldades a punto de cometer que capacidad de pensar en ellas, y que su imaginación da forma a esas maldades sin tiempo de cometerlas¹⁵. Shakespeare retrata aquí la actividad del *nafs*, pues a pesar de la nobleza del espíritu de Hamlet, su alma inferior le instiga a la vileza.

Y en otro pasaje, en *El rey Lear*, vemos también expuesta la naturaleza inferior del alma compulsiva, concretamente en las palabras de Edgar, hijo legítimo del rey que es traicionado por su hermano bastardo Edmundo, cuando de incognito y haciéndose pasar por loco dice que ha sido en el pasado un orgulloso, que servía a la lujuria, dado al vino y a los dados, un cerdo en la pereza, un zorro en astucia, un lobo en avidez, un perro en locura, un león en ferocidad, etc. Pero ahora, habiendo abandonado tales proceder, aconseja mantenerse lejos de los burdeles, de los libros de los prestamistas y desafiar al sucio demonio¹⁶.

Y si atendemos a la fuente coránica vemos que incluso los mismos profetas fueron probados e instigados por el alma compulsiva. Por ejemplo en la historia del

¹³ Cf. Calderón de la Barca, *El gran mercado del mundo*, versos 156-165.

¹⁴ *Id.*, versos 353-368.

¹⁵ Cf. W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto III, Escena I.

¹⁶ *Id.*, *El rey Lear*, Acto III, Escena IV.

bello y noble José (*Y suf*), hijo de Jacob (*Ya q b*), cuando es seducido por la mujer del poderoso de Egipto, en casa del cual está sirviendo como criado, y él también la desea a la vez que la rechaza por ser una relación ilícita, dice Y suf recordando el acontecimiento años después cuando es liberado de la prisión:

“Y yo no digo que mi alma sea inocente, pues en verdad el alma ordena insistentemente el mal (*nafs al-amm ra*), excepto cuando mi Señor tiene misericordia. En verdad, mi Señor es Infinitamente Perdonador, Misericordioso sin límites.”¹⁷

El alma compulsiva, por tanto, ejerce su dominación a través de la mente, la imaginación y los hábitos nocivos. En Calderón de la Barca vemos la misma concepción en varios lugares de sus autos, por ejemplo en *El gran mercado del mundo* el personaje de La Gula, cuando es preguntado por lo que vende en el mundo, responde que sus glorias son imaginadas, pues trae a la memoria del hombre imágenes de gusto, manjares y deseos¹⁸; así, La Gula, disfrazada de Apetito, es la responsable de que el pensamiento dibuje, es decir imagine, las ideas que despiertan al Apetito para gustos y contentos¹⁹. Shakespeare, por su parte, también habla del poder de la imaginación, por ejemplo en el monólogo en el que Hamlet asiste asombrado a la representación de un actor, el cual es capaz, en una ficción, en un sueño de pasión, de someter su espíritu a su imaginar hasta que con lágrimas en los ojos todas las funciones del cuerpo se alteran adaptándose a las formas de su imaginación, y todo, dice el príncipe, para nada²⁰.

La mente y la imaginación, por tanto, junto con los hábitos nocivos, pueden llegar a esclavizar al ser humano, y tal subyugación debe romperse por todos los medios. En las obras de Shakespeare y de Calderón hay pues una clara conciencia de la ambigüedad del alma, de su posición intermedia entre el cielo y la tierra, y de la necesidad de protegerse de y hacer frente a las peligrosas fuerzas que la arrastran hacia lo bajo. En el sufismo es a través del método, eso es, de las técnicas propias de la tradición y de la imitación de la conducta o costumbre (*sunna*) del profeta Muhammad, como se van a romper aquellos talismanes subyugadores.

¹⁷ C. 12: 53 (trad. de A. Guijarro).

¹⁸ Cf. Calderón de la Barca, *El gran mercado del mundo*, versos 888-893.

¹⁹ *Id.*, *El gran mercado del mundo*, versos 1207-1210.

²⁰ Cf. W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto II, Escena II.